

presentado en otros lugares y en el que colabora con Aullón de Haro y Navarro Pastor.

En resumen, he aquí un conjunto de investigaciones diversas y de diverso calado, perspectiva y fundamento, cosa según parece promovida como juego de contrastes dentro del orden unificador del objeto de estudio. De ahí lo interesante y peculiar de esta experiencia «epistemológica» al tiempo que se contribuye con una obra relevante, la más importante por el momento, para el estudio del gran jesuita expulso, tan querido por Menéndez Pelayo y Giner de los Ríos, tan extrañamente olvidado por la posteridad europea, y española, que es mucho más grave. Es de suponer que a partir de *Juan Andrés y la teoría comparatista* y de la edición monumental de la obra andresiana (una edición de la que hay que subrayar que es edición conceptual y filológicamente crítica) se vaya produciendo un cambio en el estado de cosas, no sólo de Andrés, del que puede afirmarse que en lo básico ya se ha producido.

Simonetta Scandellari

DURÁN LÓPEZ, Fernando.

*Tres autobiografías religiosas del siglo XVIII. Sor Gertrudis Pérez Muñoz, fray Diego José de Cádiz y José Higuera*s. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2003, 266 pp.

Fernando Durán ha centrado su investigación durante los últimos diez años en el género de la autobiografía, con excelentes resultados. En concreto, ha estado interesado por «...el conocimiento de la historia del género y el estudio de sus épocas pasadas, de los avatares de las distintas modalidades y tradiciones literarias que confluyen en él, de las obras y autores que han marcado su trayectoria» (p. 7), esto es, precisamente por

aquello que ha considerado una laguna en el estado de la cuestión, haciendo de este horizonte de problemas el marco general de sus pesquisas.

Su intención ha sido abandonar el enfoque que consideraba cada texto en solitario para abordar la autobiografía como un discurso literario que evoluciona, cambia y sirve a fines muy diferentes dentro de su trayectoria, interesándose tanto por la genealogía que conecta sus distintas modalidades como por la interrelación entre la misma y otros géneros literarios. Y desde esta perspectiva, tres son las líneas principales que Fernando Durán identifica en la autobiografía en España: la religiosa, la de aventura o picaresca y la moderna propiamente dicha.

El objetivo del libro que reseñamos es centrarse en la primera de estas corrientes para abordar en detalle tres autobiografías del s. XVIII: la de sor Gertrudis Pérez Muñoz, a la que dedicará el capítulo II de esta obra, la de fray Diego José de Cádiz, estudiada en el capítulo III, y la de José Higuera, analizada en el IV. Y parecería que con ello el autor se contradijera con su interés por abandonar los estudios de textos particulares aislados para centrarse en los marcos generales, esto es, desplazarse desde el estudio más o menos descriptivo o impresionista de casos para abordar una teoría general de la autobiografía en España. Pero es que ese esfuerzo teórico ya fue llevado a cabo en el trabajo de investigación que Fernando Durán presentó como tesis doctoral, *La autobiografía moderna en España: nacimiento y evolución (s. XVIII y principios del XIX)*, en el que se remontó a los orígenes mismos del género en España, presentando un interesantísimo marco coherente en el que encajar las diferentes investigaciones hechas hasta el momento.

Lo que aquí nos presenta el autor es una sistematización de sus consideraciones sobre la autobiografía religiosa y su ejemplificación en tres textos concretos, de los

que se ofrece además, tras el estudio que los aborda a cada uno individualmente, una cata de las fuentes en los correspondientes apéndices. Así, en el capítulo I, *La santidad del propio ejemplo: la autobiografía católica por excelencia*, aborda las circunstancias concretas, tanto pragmáticas como textuales, que explican las autobiografías que tienen como motor de la escritura la religiosidad y que no quedan confinadas a los siglos XVI y XVII, sino que siguen teniendo una importante vigencia en el XVIII y el XIX. Continuando, como ya he indicado más arriba, en los capítulos siguientes con el estudio de la concreción de ese modelo en los tres casos referidos.

Partiendo de la doble faceta privada y pública de toda autobiografía, Fernando Durán muestra la peculiar articulación con que aparecen ambos aspectos en la religiosa, expresión, de un lado, de la vivencia interior de la fe —y del deseo de autococonocimiento de la propia trayectoria respecto a la creencia y sus manifestaciones—, pero de otro, de la voluntad de dar testimonio público de la misma para ejemplo de la comunidad de creyentes. Aspecto dual emotivo y retórico, o —en palabras del autor— introspectivo y político, que será crucial a la hora de caracterizar el género tanto desde el punto de vista del emisor y del receptor, como de la propia estructura textual de la obra o del contexto pragmático de la misma. Y así, el autor repasará las peculiaridades de la autoría y de las circunstancias de la creación de la autobiografía religiosa, así como también las de los contenidos y de los destinatarios de este tipo de texto, mostrando la escasa libertad de los autores —aunque en esto habrá también variantes entre el género masculino y el femenino— dentro de un canon retórico fuertemente institucionalizado.

La autobiografía religiosa se asienta de modo sólido en Europa durante el s. XVI como vehículo para la lucha espiritual

dentro de un contexto de controversia entre religiones, una vez rota la unidad del cristianismo. Católicos, protestantes y heterodoxos en general utilizarán este género no sólo como expresión de su propio drama existencial —el tono épico retórico late siempre bajo toda autobiografía— sino como un instrumento más de la lucha entre confesiones. Y en este contexto, Fernando Durán llama la atención sobre el hecho de que «...España sobresale en cantidad, calidad y anticipación dentro del mundo católico en lo que a literatura autobiográfica se refiere» (p. 18), lo que no resulta coherente con el abandono de la misma por parte de la crítica.

Porque la autobiografía religiosa no sólo tiene importancia en el marco del interés espiritual por el fenómeno religioso o en su función de documento testimonial útil al historiador interesado por la Europa moderna, sino que, como bien defiende el autor en el libro que reseñamos, es esta autobiografía religiosa la que irá madurando el discurso sobre el yo que será la verdadera base sobre la que se asiente el posterior desarrollo de la autobiografía laica, por lo que resulta bastante chocante que la crítica prescinda de la autobiografía religiosa, provocando por un prejuicio de partida una laguna en la investigación. En palabras del propio Fernando Durán: «Pero quizá lo que más haya que resaltar es que la maduración sobre un discurso religioso sobre el yo es más precoz y más sólida que la del discurso de la autobiografía laica, que en buena medida se construye a partir de sus antecedentes religiosos o en confrontación con ellos. No se puede dejar de estar de acuerdo con Jean Molino sobre lo erróneo de prescindir de la autobiografía religiosa a la hora de entender el conjunto del género... Es evidente que la autobiografía moderna en Europa presenta esas dos modalidades —laica y religiosa— con marcadas diferencias, pero tampoco se

puede negar que experimentan una incesante interacción y que el discurso religioso precede al discurso civil» (p. 18).

El origen de esta exclusión estaría en la costumbre generalizada de tomar como patrón modélico de la autobiografía la variante burguesa contemporánea, tratándola en parte como surgida *ex nihilo* en el contexto del marco ilustrado —a partir de lo que Durán llama el paradigma roussoniano triunfante en el s. XVIII—, sin remontarse a las verdaderas raíces de esa Ilustración, que, en lo que respecta a las teorías del yo (tanto de corte racionalista como empirista) se retrotraen al Renacimiento. Y en este sentido el autor concluye acertadamente: «En resumen, la crítica ha optado de forma excluyente por la variante profana o la espiritual: los que se dedican al género autobiográfico, sea en el Siglo de Oro sea en cualquier otra época, suelen ocuparse sólo de la primera, mientras que la segunda ha sido coto privado de investigadores preocupados por la historia de las ideas, de la religión o de las mujeres, sin conexión con los estudios literarios sobre los géneros personales. Eso indica que, de una manera más o menos consciente, se percibe que la autobiografía religiosa habita fuera de los márgenes tradicionalmente aceptados de la escritura autobiográfica» (p. 21).

Y precisamente en el contexto de su interés por rescatar como objeto de estudio la autobiografía religiosa, en el libro que reseñamos Fernando Durán se centra en el análisis de tres ejemplos del s. XVIII. Pues su interés es mostrar cómo este género, que surge durante los siglos XVI y XVII, continúa estando presente —en paralelo al desarrollo de nuevas variantes de la autobiografía— durante los siglos siguientes, ilustrando la pervivencia de un esquema ortodoxo de autobiografía religiosa que habría quedado fijado en los inicios de la Edad Moderna.

Y es muy interesante la caracterización que este autor hace de lo que él llama

«poética de la obediencia», conjunto de rasgos literarios que, con su presencia o ausencia, nos darán las claves para definir este género y delimitar bien sus fronteras de cualquier otro, y que se encuentra íntimamente relacionado con el hecho de que la autobiografía religiosa surja en un contexto de sumisión del yo, esto es, que la escritura se origine en un contexto fuertemente institucionalizado que prolonga el sacramento cristiano de la confesión, en una situación pragmática en la que el autor escribe por obediencia y bajo la supervisión de un director espiritual que representa el poder de la Iglesia, de Dios y de la sociedad.

La autobiografía religiosa surge, así, de la necesidad de, por una parte, controlar y vigilar de cerca a personas de espiritualidad especialmente intensa que se hallan integradas en el aparato de la Iglesia —garantizando así su permanencia en la ortodoxia—, y por otra, de asegurarse de un material ejemplar de orden espiritual que en el futuro —llegado el caso de la santificación del individuo— pueda servir para una hagiografía que convenza por su concreción y realismo a los creyentes que han de seguir la misma senda. De ahí que el autor escriba por mandato de una autoridad religiosa que seguirá de cerca el proceso de la elaboración del texto, en muchos casos ejerciendo a modo de coautor y/o editor, y que repite siempre la fórmula preestablecida que comienza por la historia de la conversión (característica de las vidas de santos de comienzo del cristianismo, pero ahora muy matizada en el nuevo contexto ortodoxo de una persona que ya nace en el contexto del cristianismo de sus padres y que ha sido bautizada al nacer, mostrada más bien como decisión consciente tras una cierta atracción por el mundo en una breve época dentro de la formación) y que continúa con la narración de las manifestaciones extraordinarias de Dios en la propia vida del que narra, así como de los acontecimientos

en los que el maligno buscó confundir al creyente, abstrayendo de cualquier referencia a la biografía cronológica existencial del individuo.

Y teniendo en cuenta que a la hora de analizar el género, las autoras son abrumadora mayoría en relación a los autores varones, Durán concluye que la autobiografía religiosa «...es, pues, un género femenino en número, en calidad y en esencia, lo cual no ha de interpretarse como que no existan autores varones o como que éstos carezcan de interés, sino como que la centralidad del género es para las mujeres (hablo, desde luego, de marginalidad literaria, no de otra clase). La autobiografía religiosa masculina se caracteriza por ser mucho más variada, mucho más libre, mucho menos problemática y carente de angustias, así como por ser encuadrable en tradiciones literarias distintas, frente al formato homogéneo que practican las mujeres... La diferencia esencial es, empero, la de la autoridad teológica: el autor varón es por lo corriente un sacerdote, por tanto una persona con formación en teología y que dispone de la capacidad de administrar sacramentos, celebrar misa, discutir sobre cuestiones oscuras de la doctrina, etc.; la autora mujer, en cambio, no está legitimada para disquisiciones teóricas en torno a la fe y sólo puede intervenir en el discurso espiritual como cauce pasivo de experiencias místicas, es decir, a partir de su capacidad de recibir mensajes divinos, que, sin embargo, no le corresponde a ella interpretar, sino a los teólogos y doctores de la Iglesia» (p. 28).

Reproduzco completa la argumentación de Durán porque muestra muy bien en qué medida la autobiografía por obediencia fue estrechamente ligada al monacato femenino, pero no como género en el que la mujer podía tener un espacio de libertad a través de la escritura, como a veces se ha querido ver, en mi opinión un tanto ingenuamente, sino como mecanismo de control

y sumisión puesto en marcha por la autoridad eclesiástica una vez que algunas autobiografías como la de Santa Teresa de Jesús mostraron la existencia de resquicios por los que podían crecer con gran intensidad las individualidades.

Los tres ejemplos elegidos por Fernando Durán para mostrar las peculiaridades de la pervivencia de la autobiografía religiosa en el siglo XVIII recogen bien el abanico de posibilidades que puede adoptar este género a esas alturas de la Edad Moderna. En primer lugar, analizará las peculiaridades de la autobiografía religiosa de una monja, sor Gertrudis Pérez Muñoz, de la que contamos con dos manuscritos surgidos de la interrelación de la misma con tres confesores; en segundo lugar, las dos autobiografías escritas por el capuchino fray Diego José de Cádiz, la primera en 1779, bajo la forma de tres cartas intercambiadas con su director, el P. González, y la segunda en 1784, en el transcurso de siete cartas en la que responde a los requerimientos de un nuevo director; finalmente, Durán analizará la autobiografía religiosa de un seglar, José Higuera, procurador de la Real Chancillería de Granada.

Pero el interés añadido del libro *Tres autobiografías religiosas españolas del s. XVIII* no está sólo en el análisis que su autor hace de los tres autores arriba citados, sino en la edición que realiza en los apéndices de las fuentes mismas, en el caso de la monja Gertrudis Pérez, del índice, prefacio y advertencia final de la *Vida de sor Gertrudis Pérez Muñoz* (mss. 19000-19001 de la Biblioteca Nacional); en el de fray Diego José de Cádiz, de sus dos autobiografías epistolares, a partir de los textos de las ediciones de fray Ambrosio de Valencina (1908) y Fray Diego de Valencina (1904); y finalmente, en el caso de José Higuera, la autobiografía contenida en *Memoria relativa sólo a los sucesos de mi vida en que he experimentado las especiales gracias, mercedes y*

*favores que he recibido de Dios*, editada a partir del manuscrito que se conserva en la Biblioteca Universitaria de Granada con la signatura Caja C-084.

La lectura del material presentado —tanto las fuentes mismas como el estudio llevado a cabo por el autor— muestran la oportunidad de la llamada de atención de Fernando Durán sobre la necesidad explorar y conocer con más sistematicidad la producción autobiográfica espiritual del siglo XVIII, un trabajo en el que ha pretendido con este libro abrir camino. Y muestran igualmente lo acertado de su convencimiento acerca del interés específicamente literario —además de otros que puedan ser de utilidad a estudiosos tales como los historiadores o los sociólogos— que tiene esta corriente de producción escrita, fuente en muchos casos de una literatura religiosa que circuló abundantemente entre los lectores y cuya incidencia en las convenciones de las letras españolas —en el teatro, la novela y la poesía, por ejemplo— no puede seguir siendo ignorada.

Cinta Canterla

SAMANIEGO, Félix María de.

*El jardín de Venus. Cuentos eróticos y burlescos con una coda de poesías verdes*. En PALACIOS FERNÁNDEZ, Emilio (Ed.). Madrid: Biblioteca Nueva, 2004, 359 pp.

Publica Emilio Palacios, de nuevo aunque con cambios, *El jardín de Venus* junto con unos cuantos poemas lúbricos de un autor que conoce muy bien, pues desde que en 1975 nos diera su *Vida y obra de Samaniego* no ha dejado de indagar en la figura y en la producción de este interesante personaje. Personaje que, aunque se presenta como atípico en el panorama cultural

de la época, me parece que no debía de serlo tanto.

Emilio Palacios ha contribuido de forma decisiva a cambiar el panorama y nuestro conocimiento de la literatura del siglo XVIII. Sus trabajos sobre poesía y teatro, en especial, pero también sobre autobiografías y memorias, así como sobre la mujer literata, han corregido mucho y ampliado los saberes heredados, a menudo mostrencos, y lo mismo ha hecho con figuras como ésta de Samaniego o Meléndez Valdés. En el caso del primero, la publicación de su estudio pero sobre todo de estas poesías verdes, dio pie a fijar un autor hasta entonces mutilado en nuestro conocimiento, pues sólo, o preferentemente, teníamos de él la imagen de un escritor interesado en la educación de los jóvenes y en la reforma de aquellos aspectos de la cultura que los ilustrados querían cambiar. En cualquier caso, y aunque sigue resultando difícil para muchos conciliar las aparentemente contradictorias imágenes de alguien que se dedica a escribir fábulas didácticas y poemas eróticos, habría que decir que gran parte de la literatura erótica y pornográfica se ajusta a motivaciones educativas, como no dejó de señalar el marqués de Sade e incluso el mismo Nicolás Fernández de Moratín en su *Arte de las putas*.

Palacios Fernández comenta que este tipo de relato lúbrico tenía especial aceptación en tertulias y salones (p. 73), y que el autor era requerido en ellos por su versatilidad conversadora y ameno chiste. Por otra parte, conocemos la existencia de toda una literatura miscelánea para entretener el tiempo de los tertulianos, por eso no deja de ser interesante y sugerente (por lo que cambia la idea de lo que podía ser una tertulia) que, junto a sainetes, anécdotas, chistes blancos y relatos edificantes, los contertulios, dando la razón a rigurosos moralistas, también se entretuvieran contando chascarrillos verdes «saladísimos», como deja constancia